

# *Cultura y política*



## Cultura

## y política universitaria

*José Mendoza Angulo*

## LA CULTURA POLÍTICA

La «cultura política» es una expresión compuesta a partir de dos conceptos, el de «cultura» y el de «política» que no son, lamentablemente, unívocos.

Por «cultura» puede entenderse, en su sentido más elemental, al «cultivo en general, especialmente de las facultades humanas»<sup>1</sup> o al «conjunto de conocimientos científicos, literarios y artísticos adquiridos»<sup>2</sup> por una persona o un grupo de personas más o menos homogéneo. En un sentido más complejo, puede ser considerada como el «conjunto de estructuras sociales, religiosas, etc... y de manifestaciones intelectuales, artísticas, etc... que caracterizan a una sociedad: cultura helénica». <sup>33</sup> O, para decirlo en términos de una cierta exquisitez académica, cultura es la «forma común y aprendida de la vida, que comparten los miembros de una sociedad, y que consta de la totalidad de los instrumentos sociales, actitudes, creencias, motivaciones y sistemas de valores que conoce el grupo»<sup>4</sup>, que «también se la puede definir como el proceso acumulativo de conocimientos, formas de comportamientos y valores, que constituyen el legado histórico de cualquier grupo humano»<sup>5</sup>. Hay quienes llegan, incluso, a distinguir entre la cultura de masas, considerada como el conjunto de hechos ideológicos comunes a una gran masa de personas consideradas al margen de las distinciones de estructura social, difundidos en su seno por medio de técnicas industriales, y la cultura material, entendida como el conjunto de rasgos culturales externos que conforman la vida económica y la tecnología. Acepciones, todas, que no están

muy distantes de la expresión coloquial que se le atribuye a nuestro distinguido amigo, el poeta Angel Eduardo Acevedo, quien se ha limitado a sostener que «cultura es todo lo que no es verdor», vale decir, todo lo que es producto de la actividad humana, empezando por el hombre mismo.

Y la «política», «en sentido estricto significa tanto la Ciencia del Estado, como la actividad relativa al bien público del Estado. La política como actividad es el conjunto de operaciones realizadas por individuos, grupos o poderes locales, relativa a la consecución del bien público. En este aspecto, la política corresponde a los órganos públicos del poder»<sup>6</sup>, lo que Nicos Poulantzas llama «lo político» para diferenciarlo de «la política» a la que considera como «las prácticas políticas de clase -lucha política de clases»<sup>7</sup>. El gran tratadista francés Georges Burdeau, por su parte, dice que «la política es una actividad: sea aquella que desarrollan los gobernantes, sea aquella que se desenvuelve en los grupos con vistas a ocupar los cargos de dirección, o de ejercer influencia en las decisiones de los que dirigen. La política es la actividad que consiste en definir el poder y ejercer sus prerrogativas»<sup>8</sup>.

De la unión de los conceptos anteriores ha surgido la expresión «cultura política». En el lenguaje corriente, coloquial, y en la jerga política, se entiende por «cultura política» cualquiera de los contenidos que vamos a citar de seguidas o todos ellos en conjunto al mismo tiempo: la práctica en los asuntos políticos así como la información y dominio de los asuntos públicos lo que, en conjunto, puede permitir que se tenga un criterio propio, autónomo, sobre las cuestiones políticas; pero también, la preocupación por los asuntos públicos y la participación en los asuntos públicos. Por ejemplo, el acto de votar o de abstenerse en un proceso comicial, o el hecho de tomar parte en la acción vecinal, sindical, gremial o partidista son, en un sentido, formas de participación en los asuntos públicos y, en otro sentido, expresiones de la «cultura política».

Siguiendo esa línea de pensamiento, se puede hablar de signos o indicadores de la «cultura política» individual o colectiva. La participación de las personas en las actividades culturales y sociales del medio en el que viven; la existencia de organizaciones sociales de las más variada índole y en la más extensa acepción que pueda dársele al término; la presencia y variedad de medios de comunicación social en el seno de las colectividades humanas, etc... son indicadores de la «cultura política» de los individuos o de las colectividades. Lo que facilita afirmar, por ejemplo, aunque no sin equívocos, que los europeos y los norteamericanos tienen un alto nivel de «cultura política» con respecto a los habitantes del Tercer Mundo, con lo cual se quiere significar que saben que hacer frente a la vida política ordinaria o frente a las situaciones políticas (las coyunturas políticas), que no hace falta que se les induzca con artificios más o menos sofisticados, misteriosos o

mágicos sobre la conducta a seguir con el voto personal en unas elecciones o en relación con la opinión que lleguen a hacerse de candidatos, gobernantes, partidos políticos y gobiernos. Tal vez por estas razones en Europa prevalecen los «partidos de cuadros» sobre los «partidos de masas» y en los Estados Unidos de Norteamérica existen unas peculiares estructuras de encuadramiento partidista muy diferentes, en todo caso, de las que nosotros conocemos. No obstante, en las cultas Italia y Alemania de la primera mitad del siglo pasado pudieron encontrar un espacio en el sentimiento popular y en ciertos medios intelectuales, líderes como Benito Mussolini y Adolfo Hitler y movimientos políticos como el fascismo y el nacional-socialismo (nazismo). Y en la España contemporánea de Adolfo Suárez, en la oportunidad de ser convocados con motivo de la apertura democrática postfranquista, los españoles llegaron a votar casi en las mismas proporciones y tendencias regionales como lo habían hecho antes del estallido de la guerra civil, cincuenta años antes.

Por eso no está demás, al hablar de «cultura política», tener presente las distinciones entre «política» y «partidismo», entre «politización» y «partidización». Hacer política no es, necesariamente, hacer vida de partido y, curiosamente, hacer vida de partido no equivale a hacer política. La partidización se refiere más bien a una praxis, a unos hábitos políticos, muy frecuentemente pervertidos, que regulan el comportamiento y las relaciones entre las instancias de intermediación social (los partidos y los sindicatos) y las instancias del poder (en el caso de los Estados) o de dirección institucional (en el caso de las instituciones intermedias, públicas o privadas). Puede darse el caso de grupos y comunidades presuntamente cultos en los que la politización y la partidización conviven sin mayores escrúpulos, obviamente a condición de que la vida de partido esté guiada por ideas, principios y formulaciones conceptuales que sirvan de patrones tanto a la actividad diaria de los militantes como a los ciudadanos.

#### LA CULTURA POLÍTICA UNIVERSITARIA

A estas alturas de nuestra reflexión deberíamos estar en condiciones de abordar la cuestión de la «cultura política universitaria». Lo primero que debemos plantear es el problema de las relaciones entre la política y la Universidad. La concepción universitaria de esas relaciones se ha manifestado y se manifiesta todavía en dos planos, en el de la práctica política en la Universidad y en el del tratamiento académico de la política. Hace ya bastantes años, en el tiempo de análisis crítico que siguió en Europa a la conmoción social producida por el mayo francés de 1968, Michel Amiot<sup>9</sup> llegó a sostener que el problema de las relaciones entre la política y la Universidad se ha planteado desde que la Universidad existe y que desde siempre se han en-

frentado dos posiciones muy claras. Una sostiene que la política debe estar completamente separada de la Universidad, la otra, que es imposible evitar la influencia de la política en la Universidad. Aclaremos que, en realidad, la discusión versa no sobre la política como campo del conocimiento sino como práctica, pues la Universidad es una «comunidad» y no uno de los escenarios de la lucha de clases tal y como esta tiene lugar en el conjunto de la vida social. Hasta aquí el resumen del pensamiento de Amiot en el artículo que citamos. Otra cosa tal vez distinta podría decirse si se examina la naturaleza política de la educación en general y de la Universidad en particular.

La educación, formal e informal, ha sido siempre un mecanismo que busca la superación intelectual de los ciudadanos y, sobre todo en nuestro tiempo, gracias a que el conocimiento se ha convertido en el más importante factor de la producción de bienes y servicios, la educación es el más fuerte soporte del progreso humano. No obstante, la educación también es el mecanismo idóneo mediante el cual el sistema social, todos los sistemas sociales, se conservan y se reproducen. Esto es particularmente cierto en los niveles y ciclos básicos del sistema educativo. Ahora bien, aun cuando la Universidad y la Educación Superior en su conjunto constituyen componentes importantes del sistema educativo, presentan especificidades que bien vale la pena poner de relieve. En efecto, la Universidad, por un lado, recibe inescapablemente la influencia del ambiente social en el que se desenvuelve, pero, por otro lado, es productora de ciencia, vale decir de conocimientos y formadora de recursos humanos para la vida y el progreso social. Esta última circunstancia le confiere a la Universidad un rango de autonomía relativa frente al medio social que la rodea, autonomía que, por cierto, no debe ser confundida con la protección legal que los institutos universitarios reciben, bajo ese nombre, para cumplir con eficiencia la misión que les ha sido encomendada. La relativa autonomía social que comentamos está referida a un componente de la naturaleza de la Universidad que se manifiesta independientemente de que exista o no, se reconozca o no a la llamada «autonomía universitaria». Subrayar este elemento tiene una importancia fundamental a la hora de caracterizar las relaciones de la Universidad con el Estado y con la Sociedad. Complementando esta idea, desde otro ángulo debe ser señalado, sobre todo en la América Latina; que nuestras universidades tienen el legado de Córdoba y una rica herencia histórica que resulta imposible desconocer. Nadie podría negar la entidad que tiene el hecho reiterado de la participación de los universitarios en los procesos políticos de los distintos países de la América Latina, ni la circunstancia de que, en nuestra repúblicas, la Universidad y los universitarios hemos ejercido el liderazgo intelectual de la sociedad a lo largo de nuestra historia.

La «cultura política universitaria» podemos examinarla también en el terreno de las contradicciones. Es perfectamente posible distinguir entre la «política académica» y la «práctica política universitaria», del mismo modo que entre la politización y la partidización de la Universidad. La «política académica» a la que aludimos no es el tratamiento académico de la política que tiene lugar en los centros de estudios políticos, jurídicos, económicos y sociales en general, sino a las formulaciones y directrices emanadas de los órganos y organismos de encuadramiento institucional de las universidades, destinadas a pautar la forma de lograr el acoplamiento entre los medios de que se dispone y el logro de los objetivos institucionales por parte de todos los integrantes de la comunidad universitaria. La «política académica», enunciada o no, elaborada *ex ante* o configurada en los hechos y acciones administrativos, tiene que ver con el marco conceptual y reglamentario de la docencia, la investigación y la extensión; con el pregrado y el postgrado; con el uso de los recursos puestos a disposición de las universidades; con la forma de reproducir y hacer progresar a la Universidad y, en cierto modo, a las relaciones de la Universidad con el Estado y con la Sociedad. Pero es que en el seno de las universidades tienen lugar relaciones de poder aunque de un signo relativamente diferente de las que tienen lugar en la sociedad y esto determina una «práctica política universitaria» que no tiene nada que ver con el abordaje académico de la política y, a menudo, tiene también muy poco que ver con la o las políticas académicas. A veces, incluso, ha llegado a producirse una peligrosa y perversa inversión: en lugar de ser la política académica la que inspira, dirige y gobierna a la práctica política universitaria, resulta ser esta última la que se convierte en cabeza y dirección. En este extremo, obviamente, nos encontramos en esos períodos de crisis y pérdida de valores que caracterizan las fases de decadencia de las universidades. Resulta, entonces, que en un ambiente «culto» la partidización puede prender y ha prendido como la mala hierba y ni siquiera como una intromisión externa de las malas prácticas de los partidos políticos cuando andan a la búsqueda del poder político, sino como expresión de partidos políticos universitarios aunque nunca lleguen a ostentar esta denominación.

Finalmente, al hablar de la «cultura política universitaria» hay que tocar, así sea tangencialmente, la cuestión del compromiso político del intelectual. Es verdad que todos los universitarios no son intelectuales, aun cuando deberían serlo, pero lo cierto es que cuando se registra el diario de navegación, particularmente de los profesores universitarios, sobre todo de los más eminentes y renombrados, uno se encuentra con que las reflexiones de Michel Amiot, a las que aludíamos más atrás, no parecen ser verdades de Perogrullo. La separación entre la ciencia y la política, entre la Universidad y la política, entre el intelectual y la política, son, lamentablemente,

elementos componentes de la realidad. Si el universitario, aún el más «puro» y excelso, no toma conciencia de que existe una responsabilidad trascendente que vincula su trabajo y sus obligaciones éticas con el destino de la humanidad, o de la patria, o de la sociedad, o de la generación a la que pertenece, difícilmente podrá hablarse de él como poseedor de una elevada cultura política.

Estas lucubraciones nos llevan a afirmar que la «cultura política universitaria», en tanto que «práctica política» guarda una enorme distancia con el tratamiento académico de la política y con el nivel de información que los integrantes de la comunidad universitaria tienen, particularmente los profesores. Pareciera que los académicos más eminentes, los puristas de la investigación y de la docencia, se resisten a comprometerse con la práctica política, incluso la universitaria. La «cultura provisional universitaria», que es una forma de la «cultura política universitaria», junto con los efectos del populismo, del paternalismo, del estatismo y del asistencialismo, han terminado por producir un trágico divorcio entre el nivel de exigencias que le hacemos a la Universidad y los límites en base a los cuales hacemos la escogencia del liderazgo universitario.

#### NOTAS Y BIBLIOHEMEROGRAFÍA:

<sup>1</sup> *Diccionario Larousse*

<sup>2</sup> *Loc. Cit*

<sup>3</sup> *Loc. Cit.*

<sup>4</sup> Georges Foster: *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*. México, FCE, 1964.

<sup>5</sup> Alberto Escobar y otros: «Cultura, Sociedad y Lengua», en: *América Indígena*, Vol. 37. México, Instituto Indigenista Interamericano, diciembre de 1977, pp. 47-64.

<sup>6</sup> José María Coloma: *Léxico de Política*. Barcelona (España), Editorial Laia, 1976.

<sup>7</sup> Nicos Poulantzas: *Poder Político y Clases Sociales en el Estado Capitalista*. México, Siglo XXI, 1970.

<sup>8</sup> Georges Burdeau: *Traité de Science Politique*, 8 tomos. Paris, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, 1966 a 1974.

<sup>9</sup> Michel Amiot: «La politique a l'Université», en: *L'Homme et la Société (Revue Internationale de Recherches et de Synthèses Sociologiques)*, N° 16 (Paris, Avril-Mai-Juin, 1970), Editions Anthropos.